

GUTIÉRREZ, José. Nigüelas (Granada), 1955. Poeta, periodista y crítico literario.

El hecho de que José Gutiérrez pasara toda su infancia y primera juventud en su pueblo natal ha dejado una sutil impronta en su quehacer y en su concepción poética de la realidad. Una vez establecido en la ciudad de Granada, en 1976 comienza a trabajar como «corrector de pruebas y estilo» en el Secretariado de Publicaciones de la Universidad. Ese mismo año ve la luz su primer poemario *Ofrenda en la memoria*, al que siguieron *Espejo y laberinto* y *El cerco de la luz*, ambos de 1978 y publicados en editoriales de Málaga y Granada.

Durante esta época participa en las tareas de codirección de *Silene* y de *Ánade* en su primera etapa, dos colecciones indispensables en la poesía contemporánea andaluza. Son años en los que Gutiérrez extiende lazos de amistad y afianza relaciones literarias. En este sentido, cabe destacar su estrecha vinculación con la persona y la obra de Elena Martín Vivaldi, a la que le dedica el estudio *Manual de nostalgias: invitación a la poesía de Elena Martín Vivaldi* (1982), una de las más penetrantes aproximaciones a la obra de la autora de *Nocturnos*. El nombre de nuestro poeta va adquiriendo, por entonces, una notable consideración, lo que le hace saltar el rígido cerco de la periferia al publicar en la madrileña Hiperión *La armadura de sal* (1980).

Sin embargo, cuando Gutiérrez se encontraba en un momento inmejorable para dar a conocer su obra, cuando ya empezaba a disfrutar de un sólido reconocimiento de la crítica, se sumerge en un silencio de nueve años. Mientras tanto, sus versos van siendo seleccionados para diversas antologías: *Las voces y los ecos* (1980) de José Luis García Martín, *Florilegium. Poesía última española* (1982) de Elena de Jongh Rosell y *Postnovísimos* (1986) de Luis Antonio de Villena. Durante este periodo, además del citado ensayo sobre Elena Martín Vivaldi, tan sólo da a conocer *Introducción a la pintura de José Hernández Quero* (1986), hasta que en 1989 rompe este largo paréntesis con una obra capital en su producción poética y de muy significativo título: *De la renuncia*, con prólogo de Antonio Muñoz Molina.

La “renuncia” que esgrime este poemario se hace aún más efectiva y evidente a través de otro largo período de diecisiete años, en que el poeta no ofrece ningún poemario nuevo y se aleja de los ambientes literarios. Habrá que esperar a 1997 para que vea la luz una trascendental relectura de todos sus versos, que, a manera de «donoso escrutinio», conforma el volumen *Poemas 1976-1996* (1997), que contiene un breve anticipo de lo que empezaba a ser el último libro publicado hasta la fecha: *El ausente*, bastante más tarde editado con el título de *La tempestad serena* (2006). Entre uno y otro volumen, Juan Cano Ballesta lo incluye en el panorama que traza en *Poesía española reciente 1980-2000* (2001), al tiempo que sus versos van siendo traducidos al griego, al italiano y al francés.

La única incursión de José Gutiérrez en el campo de la narrativa se da a través de dos relatos: «Incertidumbre» y «El invitado de la noche», publicados en revistas literarias. Su labor cultural se ha desarrollado asimismo en diversas actividades relacionadas con los medios de comunicación (prensa y radio), y de la cual destacamos, además de su faceta como crítico literario con numerosas recensiones y

artículos, la creación y dirección de la revista cultural *El fingidor* (1999-2007), editada por la Universidad de Granada. Actualmente dirige el Gabinete de Comunicación de dicha universidad, del que ya se responsabilizó en 1984 cuando fue elegido para su puesta en marcha. Desde 2009 pertenece a la Academia de Buenas Letras de Granada.

Lo primero que destaca de la trayectoria poética de José Gutiérrez es su pausado ritmo de publicaciones, sometido a esos largos periodos de elocuente silencio. Con tan sólo seis libros, sin contar la antología, se evidencia, ante todo, un profundo respeto hacia la letra impresa, hacia su propia obra y, por supuesto, hacia el lector, además de una actitud calmada y exigente ante el acto creador concebido como necesidad. Tanto el concepto de «renuncia» como el de «silencio» no sólo van íntimamente imbricados a su propia trayectoria vital sino que forman parte indisoluble de este mundo poético. No se trata tanto del abandono voluntario de la escritura cuanto de la consecuente reformulación de una práctica poética en su totalidad, emprendida fundamentalmente a raíz de *La armadura de sal* (1980), que se cierra de forma muy explícita: «Este silencio espeso sumergido / enciende su verdad bajo la noche...». El posterior volumen, *De la renuncia*, no en vano apareció nueve años más tarde: «... y que la vana / memoria del silencio sea tu herencia / escrita en el final que nos condena».

Aunque Gutiérrez, en sus tres primeros títulos (*Ofrenda en la memoria*, *Espejo y laberinto* y *El cerco de la luz*), beba de ese neobarroquismo, o de ese neorromanticismo, presente en el panorama poético de Granada en los setenta, conforme va desarrollando su voz se irá alejando hacia territorios más personales y depurados. A partir de 1980, con *La armadura de sal*, auténtico gozne que divide toda su trayectoria en dos etapas muy precisas, se va imponiendo una expresión más cercana, más formal, más clásica, sin dejar nunca la hondura elegiaca que siempre lo ha caracterizado. No obstante, esta progresión hacia una línea clara, impregnada de ciertos tintes urbanos, favorece que la crítica lo encasille, de manera un tanto oportunista y apresurada, entre las filas de la Nueva Sentimentalidad.

La intensa huella del paso del tiempo y la fuerza de la memoria definen, desde el principio, todo este universo poético con tal radicalidad que un crítico como Enrique Molina Campos se sorprendió, en su momento, al comprobar cómo los versos de un joven poeta acusaban, en contraposición a lo que él definía como «poesía de ida», esa otra «poesía de vuelta» más característica de autores de avanzada edad. Y efectivamente la «ofrenda en la memoria» que Gutiérrez proclama será, durante toda su producción, «ofrenda desde la memoria». El pasado no es sólo representación de un tiempo ido que hay que recobrar por medio del acto de la escritura, sino materia misma del yo poético, representación de un ámbito paradisiaco, de efervescencia, «un tiempo de juventud inagotable, de amor, / de permanente fruto en el árbol», que, a su vez, cuenta siempre con su oscuro reverso: «pero tú, sierpe altiva, / estás condenado a no vivirlo. / Para ti será el ocaso / de tu triunfo, mientras otros hombres / alzan la copa a sus impuros dioses» («Destino»). Si la contemplación de la belleza, que destila la materia, el paisaje («Aynadamar», «Mar adolescente», «Nocturno en el Diván del Tamarit», «Las manos del poeta») o bien una simple escena («La joven ciclista con

escarpines rojos»), es motivo de triunfo y gozo, esta misma visión lleva siempre incubado el fracaso de no alcanzar la quimera («Desierto balcón de sombras»).

La constante ambivalencia entre la memoria y el presente, entre el cerco de la luz y el peso de las sombras, entre el paraíso y la condena, entre el fuego y la ceniza, entre la brisa joven y la herida del tiempo, recorrerá toda la obra de Gutiérrez. En este sentido, cabe resaltar la gran importancia que encierra la imagen del espejo, símbolo que queda mucho más cercano a las íntimas galerías machadianas que a los juegos especulares de Borges. Y si ya está apuntado en el poema «Espejo» de *Ofrenda en la memoria*, toma cuerpo en el segundo libro de nuestro poeta, *Espejo y laberinto*. De ahí la importancia del mito de Narciso que se espiga lúcidamente en composiciones como «Narciso», «Fiel presencia», «El elegido» o «Tentación de Narciso». Sin entrar en mayores precisiones, dejemos que sean las palabras del poeta las que hagan la pertinente aplicación de la fábula: «“Narciso” es el único que consiguió, muriendo en la Flor de su hermosura, una sabia victoria contra la costumbre. Así destruyó al tiempo, derrotando al destino. Y el Mito fue Vida en el hombre ya para siempre». Volvemos a las ambivalencias: la del triunfo y la derrota, la de la eternidad y la muerte, la del eco y la voz. El poeta, siempre, se percibe a sí mismo como un exiliado (no en vano, una de sus primeras composiciones se titula «Lejano exilio»), como un «huésped hostil» (y tomo el título de otro poema), situado ante un platónico universo lumínico del que apenas puede vislumbrar un cerco inasible.

Se establece, en toda la obra de José Gutiérrez, un deliberado juego de reflejos, de espejos, que, a mi juicio, es uno de sus mayores logros conceptuales. Así el empleo frecuente de la segunda persona del singular, que no es tanto un «tú» cernudiano, cuanto la expresión de un sutil desdoblamiento desde el cual el yo poético, como Narciso, contempla la realidad a la vez que se sitúa ante su propia conciencia. Ese «tú» lírico, que se percibe, por ejemplo, en «Antiguo Paraíso», no es sólo un diálogo consigo mismo o con ese ser sepultado en el tiempo, sino una puerta que se abre para que el lector se contemple entre las aguas de los versos. Y siguiendo por esta senda, Gutiérrez también se refleja en el lector al que se dirige en más de un momento («Para tan larga muerte vida efímera» o «Herederero de sombras»), de igual modo que él, el poeta, impenitente bibliófilo, se asume y se muestra como otro lector («Lector de Rilke», «Del comercio con los libros», «El huerto», «La música indeleble» o «Viajando por los libros»), como otro eslabón de una cadena infinita de memorias que se reflejan entre sí.

Late, pues, en toda esta obra una persistente actitud metapoética muy imbricada con la vida, que no debemos de orillar nunca. La escritura, planteada como una enconada lucha contra el tiempo, deviene en tarea vana, y todo se desvanece igual que un «nombre escrito en el cristal». La lectura y el conocimiento no son más que ceniza y de «frecuentar los libros, / de sobornar los días / con la triste moneda de unos versos, / queda un afán estéril» («Del comercio con los libros»). Sólo persevera la belleza, el amor por los seres. De ahí que a partir de la noción de «tiempo» Gutiérrez reconsidere el conocido axioma machadiano para fundir poesía con amor: «Palabras en el tiempo». Como afirma él mismo, con rotundidad quevediana, «Vivir es consumirse». Si «la belleza es verdad y la verdad belleza», según la sentencia de

Keats (auténtico emblema vital de José Gutiérrez), o si la belleza es «escudo que no muere», su aprensión no es más que un ensueño al que se destinan los versos. Aunque el poeta haya nacido para la luz y desde la luz, es consciente que habita un mundo de sombras: «Nacido para la luz, me sumerjo / en sombra interminable». En esta rotunda dialéctica de la insatisfacción, en esta confrontación entre belleza, tiempo, amor, escritura y vida, reside la rica paradoja en la que se funda toda la obra de José Gutiérrez, expresión viva del «don de la derrota», fértil desengaño de raíces genuinamente barrocas.

OBRAS DE ~: **Poesía:** *Ofrenda en la memoria* (Granada, 1976); *Espejo y laberinto* (Málaga, 1978); *El cerco de la luz* (Granada, 1978); *La armadura de sal* (Madrid, 1980); *De la renuncia* (Madrid, 1989); *Poemas 1976-1996* (Madrid, 1997); *La tempestad serena* (Madrid, 2006). **Ensayo:** *Introducción a la pintura de José Hernández Quero* (Granada, 1986); *Manual de nostalgias: invitación a la poesía de Elena Martín Vivaldi* (Granada, 1982).

BIBL. ~: PRAT, I., «Espejo y laberinto», *Ínsula*, 394 (1979), pág. 8; MOLINA CAMPOS, E., «La última poesía de José Gutiérrez», *Nueva estafeta*, 38 (1982), págs. 77-88; GARCÍA MARTÍN, J. L., «Elogio del fracaso», *La Nueva España* (Oviedo, 23-II-1990); MATA, J., «Luz y ceniza. A propósito de la poesía de José Gutiérrez», *Ficciones*, 4 (1998), págs. 99-101 WHANÓN, S., «Signos de la nostalgia», *Ínsula*, 541 (1992), pág. 15; GONZÁLEZ VÁZQUEZ, A., «El trazado literario de José Gutiérrez. De la trascendencia a lo empírico», *TADEA Seu Liber de Amicitia*, M. Moreno Rivas y M.^a L. Escribano Pueo (coord.), Granada, 2002, págs. 133-143; CORREA RAMÓN, A., «La tempestad serena, de José Gutiérrez», *Arbor*, 740 (2009), págs. 1357-1358.

J. I. F-D.